

## CAPÍTULO 19. DEL PROVECHO DE LA ENFERMEDAD.



Ahora Lachmann consideró que había llegado la hora para dejar aflorar su plan. -Me he ocupado mucho -comenzó-, mucho, en el transcurso del día de ayer, de tus llamados descubrimientos. Y, sin embargo, debo decirte que lamentablemente tu descubrimiento es antiquísimo, que es una perogrullada común y corriente.

-¡Ajá!

-Verdaderamente, una perogrullada. Y hasta puedo citarte la fuente de la que abrevaste.

El esperado efecto no se llevó a cabo. Tomás, nada asombrado, permaneció muy quieto, y dijo: -Ahora bien, eso me da curiosidad.

-Tú te robaste esa idea del contagio interior y exterior de *El Quijote*, pues él estaba infectado de los libros de caballería.

Sin dar una respuesta, Tomás se sonreía y su expresión iba ganando un aire de convencimiento, del tal forma que Ágata estalló con estas palabras involuntariamente: -Si se lo ve así, en realidad debería uno creer que él se las sabe de todas todas y que es el más listo de nosotros.

Tomás blandió de buen humor su dedo contra la hermana. -Tú ya comienzas a sesionar -dijo-. Pero a este envidioso todavía tengo que decirle algunas palabras. Mira, Lachmann, es cierto que el argumento de *El Quijote* se refiere al problema del contagio, como todo en el mundo, todo, está relacionado con eso. El libro representa un ejemplo adecuado para probar la validez de mis proposiciones, y no quiero discutir con respecto a que el estudio de esta obra maestra me preparó para mi oficio, sin que yo me diera cuenta. No tiene nada que ver con el descubrimiento. Eso lo puedes observar en que el autor, aunque estaba muy cerca de la verdad, no sacó la conclusión. La iluminación, como toda verdad, de pronto descendió sobre mí. Y si tú la llamas una perogrullada, tienes toda la razón. A dondequiera que dirijas tú mirada, vas a encontrar por todos lados la confirmación de mi ley. Precisamente eso es lo que comprueba el significado de mi misión. No debes imaginarte que mi opinión sobre el ser de la enfermedad es el final de todas las transformaciones que van a brotar de mí.

El reposado tono de inmovible seguridad con que hablaba Mundete sedujo al doctor y éste se le adelantó, listo como era. -Tú hablas sobre tu descubrimiento. Desde la primera vez que platicamos de ello, se me ocurrió que el año pasado en el congreso de ciencias naturales ya se había presentado una ponencia que desarrollaba ideas semejantes. Ayer me eché a cuentas el trabajo de copiarla en la biblioteca de nuestra Asociación y quiero leértela, pues conozco de sobra tu terquedad. Ya veras que no hay nada, absolutamente nada nuevo en tus ideas y que la ciencia está enterada de ello desde hace mucho y trabaja con esos principios -Al decir esto desenrolló Lachmann su manuscrito, dándose la peculiar importancia que le era familiar por su actividad como médico.

Tomás acercó su silla con notoria alegría. -Quería pedirte que me prestaras el escrito, pues su título promete un fascinante contenido. Ahora me alegro de que quieras leerlo. Inmediatamente después podemos discutirlo. Pues yo no dudo que encontraremos allí un material muy valioso.

Lachmann alzó el papel, entonces vio la interrogante mirada de Ágata y no pudo más que encogerse de hombros detrás del pliego que sostenía. La cuestión tomaba un rumbo diferente de lo que él se había

imaginado. Leyó hasta el final su obra con poca confianza.

Cuando terminó, se dio cuenta de que su oyente estaba sentado allí, sumido en sí mismo y cubriéndose el rostro con la mano, como si quisieran esconder la expresión de sus facciones. Renació la esperanza en el éxito. Y viendo a su primo con la mirada inquisidora, Lachmann dijo: -Mira pues, la misión para la que te crees llamado, las realizó ya otro. Si quieres destacar con eso, sólo te volverás el hazmerreír de todos. Tampoco estás hecho para desviar el destino y si tú, como todos nosotros, eres un instrumento de la voluntad eterna, eres uno bien insignificante. Resígnate. Una equivocación no representa una vergüenza, pero uno tiene que reconocerlo libremente. Y yo sé que tú lo harás.

Tomás oyó este reproche sin pestañear. Después alargó la mano, tomó el manuscrito y se lo acercó. -Como puedes imaginártelo, el discurso me ha cautivado enormemente; sí, puedo decir que cimbró mi interior. Quisiera volver a leerlo, pues realmente contiene verdades fundamentales y me ofrece una multitud de sugerencias. Sin embargo, no sé qué tenga que ver con mi oficio. La diferencia salta a la vista. Este hombre llegó a la clave a base de reflexión. Así pues, él posee una inteligencia sobresaliente. Tú sabes muy bien que yo no estoy equipado con grandes dotes intelectuales, sino que me conformo con un inofensivo círculo de ideas. A mí me sucedió un milagro, pues me he transformado tanto que incluso tengo un nuevo nombre. Este milagro, que hace de mí un sabio, está totalmente fuera de mi voluntad. No puedo hacer nada y no tengo derecho de sentirme orgulloso de lo que me pasa. Pero eso me comprueba que el destino me llama, y donde hay un llamado, también allí está un oficio. Es por eso que no puedo apoyarte, si me consideras un instrumento ínfimo.

Lachmann quería intervenir, pero Tomás cortó su posible interrupción con un rechazante movimiento de la mano. -Yo no menciono mis extrañas experiencias en el cuarto de enfermo y en la cárcel, ni los símbolos ni el camino de los sufrimientos; quizá también sea una curiosa casualidad que mi mente, después de haber reposado durante toda una época, de repente comenzara a fermentar. Pero que en mí se despierte el impulso de realizar cosas grandes, en mí que soy un incorregible egoísta metido tras los libros; que todo este hombre, que está ante tus ojos, no sea otra cosa que el deseo de hacerse bueno y servir al Todo de corazón, eso es un milagro. Vivo bajo una presión que me santifica y si quisiera resistirme a ella, la mano de Dios me lanzaría hacia delante, y no habría escapatoria. Mi pie tentalea en medio de las sombras y no sabe si pisa correcta o falsamente, pero desde mí ilumina una luz, que alimenta irresistible un demonio. Yo busco el camino, busco, busco.

Tomás se replegó en sí mismo, luego de decir estas patéticas palabras. Ágata se dirigió hacia él y le acarició suave y consoladoramente la cabeza, mientras Lachmann se mordía los labios disgustado y taladraba el mantel con el tenedor. Después de un rato, Tomás se levantó. -Regreso al hotel -dijo-, quiero estudiar el discurso de Sabelotodo y prepárame para hoy en la tarde. Nos vemos a mediodía en El León, ¿no es cierto? -Sin esperar una respuesta salió de allí.

Ágata lo miraba con preocupación, luego se tornó hacia Lachmann; le quitó, con una mirada llena de reproches, el devastador trinche de la mano y se sentó frente a él. -¿Y...? -preguntó.

-Y -repitió el primo- la cuestión fracasó -hizo una bola con su servilleta y la arrojó debajo de la mesa. En seguida se levantó de golpe y nervioso iba y venía por el cuarto. Ágata lo seguía con los ojos, como si de su amigo dependiera todo lo bueno y todo lo malo-. Me porté como un idiota -comenzó al poco rato-, y no como un hombre sensato. No debió haberse precipitado así la cuestión. Se debe intentar por otras vías -caminó hacia la ventana y miró, con las manos en la espalda, en dirección a la calle.

*Volver a publicaciones de Georg Groddeck*